

## El irrenunciable viaje hacia Ítaca

FRANCISCO ERICE

*Profesor de historia contemporánea de la Universidad de Oviedo*

No es bueno que un simple prólogo ocupe excesivo espacio o demore en demasía el acceso del lector a la trama de un libro. Y más aún cuando estas notas preliminares, solicitadas por el biografiado, pudieran ser malinterpretadas como una intromisión o un abuso si contrastaran con lo que el biógrafo señala en su introducción, seguramente con acierto: las largas presentaciones son a menudo un engorroso escollo que retrasa innecesariamente el momento de «entrar en harina». Prometo, pues, ser breve y me limitaré, por tanto, a unas pocas observaciones que la lectura de esta peculiar *biografía social* me sugiere.

Lo primero que llama la atención es, desde luego, la originalidad del enfoque, dentro de un campo tan variado y diverso como el de las biografías o, más aún, de las *escrituras del yo*, ámbito especialmente propicio a los productos híbridos. No estamos ante una *autobiografía en falso* como la del camarada de Churrucá Domingo Malagón, en la que quien habla no es quien escribe; o delante de un relato meramente articulado por el biógrafo con el material básico suministrado por el testimonio del biografiado. Aquí, por el contrario, la trayectoria política o *social* de Jesús Montes Estrada sirve de hilo conductor a una narración de narraciones que se desparrama en múltiples digresiones y se desliza —como Pablo Batalla apunta con humor— por los cerros de Úbeda a la menor ocasión, dentro de una autocalificada como *biografía marxista*, curioso concepto que contrapone a las *individualistas* o demasiado centradas en la trayectoria de un individuo.

Si eso va en detrimento de una profundización en la vida del biografiado y su entorno inmediato es, desde luego, opinable. De lo que no cabe duda es de que el resultado final derrocha amenidad, acentuada por un estilo literario contundente y brioso, lo cual seguramente agradecerán los lectores por más que el historiador pueda irritarse cuando, por ejemplo, se interrumpe momentáneamente la interesantísima descripción de la vida de las familias de los *vencidos* bajo el franquismo por uno de esos desvíos sobre el discurso de Unamuno en Salamanca ante los jefes franquistas allá por octubre de 1936; o cuando el texto se alarga con glosas a la emotiva arenga final de Salvador Allende, comentarios a la discografía de Mejías Godoy o —que me disculpen los futboleros— prolijos excursos sobre los avatares del Real Sporting en los años sesenta. Todo ello se perdona (otros incluso lo agradecerán)

porque el libro nos deja perfiles de impagables personajes como la entrañable Malia o significativos episodios como la ceremonia iniciática de la reunión nocturna en la que el joven Churruca conoce a un mito vivo (*El Paisanu*); el relato de la epopeya del asalto a la comisaria de Mieres en 1965 o las primeras experiencias del trabajo en los astilleros y la militancia clandestina.

La narración se detiene más detalladamente en la infancia y luego se estiliza en la adolescencia, mostrando que la memoria tiene sus propios *tempos* que no se corresponden necesariamente con la cronología lineal. Los recuerdos de la durísima represión familiar de la posguerra se superponen a los de las humillaciones y las escaseces de los primeros años del protagonista explicando cómo, para los hijos de los vencidos que vivían en *pequeñas Rusias* como La Güeria, pueblo natal de Churruca, el compromiso antifranquista y su prolongación en el ideal comunista eran casi —determinismos aparte— el único camino; al menos el único digno de ser transitado.

Sin embargo —y ahí radica uno de los principales puntos de interés de esta biografía—, la mayor parte del texto se centra en los años de la Transición y la post-Transición, evidenciando dos cosas: la primera, que el tiempo pasa inexorablemente y hablar de aquellos años ya es, sobre todo para quienes no los vivieron, evocar un pasado casi lejano; y la segunda, que en los elementos del contexto histórico que articulan la construcción de la memoria estamos asistiendo a un cierto cambio de etapa histórica en nuestro país, tanto si se consume como si no la anhelada ruptura que en otros momentos pudo ser y no fue. Una nueva etapa en la que, una vez más, las ideologías y los instrumentos de lucha que fueron a la vez el referente principal de los viejos antifranquistas y la tradición que configuraron vuelven a ser sometidos —como en la primera Transición— al grave riesgo de su desaparición.

En esta segunda parte se incorporan elementos relevantes acerca de ese proceso «agridulce» (como se define en el libro) de la Transición, de la lucha épica contra la desindustrialización y de la participación institucional del biografiado. Aquí el prologuista, por más que mantenga profundas coincidencias ideológicas con el biografiado —y por ende con el biógrafo— posee también su propia memoria de algunos de los episodios que se narran y de los procesos en general que se relatan; bien es cierto que, en mi caso, como mero figurante o, todo lo más, ocasionalmente, como actor secundario o de reparto, ya que, según le gusta decir al inolvidable Josep Fontana, los historiadores tenemos bibliografía más que biografía. Lo cual me trae a la memoria, por practicar yo también el noble arte de la digresión y del desvío, aquello que espetaba un escasamente modesto dirigente comunista a un eminente historiador de su misma ideología: «Tú escribes la historia, yo *hago* la historia».

Digo esto porque, como señalaba García Márquez, «la vida no es la que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla». He de confesar que en algunos aspectos, la imagen en la memoria de Churruca-Batalla se asemeja bastante a la mía y en algunos discrepa notablemente. Esto último sobre todo en los momentos en que quien suscribe se elevó temporalmente de la mera condición de

figurante para pasar momentáneamente a la de actor de reparto; en esos momentos de dudosa cuota de gloria (parafraseando a Andy Warhol) y de enfrentamientos internos, como el conflicto PCA-IU del 2007 y los años siguientes, que mi memoria —Churruca lo sabe— se empecina en registrar de manera bien distinta a la suya. No hay aquí ni habrá puntos de acuerdo, al menos por mi parte. Pero la cuestión es desde luego irrelevante, como suele suceder en general con las inevitables peleas cainitas para quienes no las vivieron... e incluso para quienes las vivieron cuando ya el tiempo coloca las cosas en su sitio: un lugar bastante secundario. Introduciendo de nuevo una referencia humorística, creo que, como decía aquel regocijante personaje de la serie televisiva *Los Simpson* a propósito de una discusión entre sacerdotes de distintas confesiones religiosas, no deberíamos pelearnos porque discrepemos en multitud de detalles, teniendo en cuenta las muchas «supersticiones» que compartimos.

Lo verdaderamente apreciable de los capítulos dedicadas a la post-Transición es, en todo caso, el tratamiento de la lucha de los trabajadores contra la reconversión industrial: uno de esos procesos en los que, sin necesidad de cultivar la estética reconfortante de la derrota, puede exhibirse el orgullo de fracasos preñados de enseñanzas y acompañados de una dignidad intacta, y que demuestran que todavía hay esperanzas en que el mundo no avance inexorablemente hacia lo que Terry Eagleton describía como el ideal del capitalismo, afortunadamente nunca del todo conseguido por este sistema siempre en pugna con lo mejor de nuestra naturaleza: un ser humano «prudentemente sobrio» en la fábrica o la oficina y «salvajemente anárquico» en el centro comercial. También se habla de la gestión municipal, tema seguramente menos dado a la épica y a la prosopopeya pero que tiene su importancia, y de cuyas facetas más interesantes (solidaridad internacional, memoria democrática, fomento de la *lingua*...) se da cumplida y detallada cuenta en el texto. Si, como bien decía Bertolt Brecht, el comunismo no es nada extremista sino en realidad «la exigencia mínima, lo más inmediato, moderado, razonable», es lógico y congruente que la actividad cotidiana de los comunistas se disemine en pequeñas luchas y modestas conquistas, dentro y fuera de las instituciones. Mínimas cosas que, si es que no nublan nuestra visión del horizonte, deberían al menos permitirnos acumular experiencias enriquecedoras en el irrenunciable viaje hacia la Ítaca de la libertad y la igualdad.

Como empiezo a incumplir la promesa de la brevedad, voy concluyendo ya. Soy consciente de que he hablado poco del libro, no sé si de manera deliberada, aunque puedo jurar que he ido acumulando, en mi lectura, muchas anotaciones que reflejan su interés y su diversidad. En todo caso, prefiero seguir el consejo de Unamuno, que recomendaba no usar los subrayados o las cursivas para no convertir en menores de edad a los lectores, capaces de sacar por su cuenta la máxima riqueza del texto al que se enfrenten sin que se les proporcionen pistas innecesarias. La biografía *marxista* de Churruca puesta en pie por Batalla ofrece mucha información útil. Es además un libro que no confunde —como quería Goethe— la voluntad de ser sincero con la de ser imparcial.

Pero la biografía es, sobre todo, un recorrido —con el hilo conductor de un caso individual arropado por otros próximos— por la gran lucha emancipadora que sacudió el siglo xx desde aquellos «diez días que estremecieron al mundo» y que, pese a los agoreros del fin de la historia, no hay motivos para pensar que no se manifieste con nuevas sacudidas en el siglo xxi. Me refiero, claro está, a ese resplandor que, como decía Lissagaray convertido en cronista de la Comuna de París, tuvo capacidad para iluminar hasta a los ciegos. Hablo de la gran utopía racional que constituyó —como metaforizaba aquel relato breve de George Steiner (*Pruebas*)— el mayor esfuerzo por corregir la gran errata de la injusticia y la desigualdad y que no sé si sobreestimó al hombre y sus posibilidades, pero sí fue «la propuesta singular más noble del espíritu humano en toda nuestra abominable historia».

Este libro no sé si habla de héroes (ésos cuya necesidad disgustaba al Galileo de Brecht), pero sí al menos de hombres y mujeres que fueron conscientes de que —como decía Benedetti— «claudicar no trae sosiego». Textos como el de Batalla y Churruca sirven en mayor o menor medida para alimentar la memoria multifacética de una tradición que, si se quiere continuar, es necesario regar, cultivar y replantar, más allá de la nostalgia. Los tiempos venideros requerirán hombres y mujeres que aborden con nuevas formas los viejos problemas, pero nada útil podrá hacerse (y no es un tópico) sin las experiencias del pasado. Ahora conocemos mejor los errores de lo viejo, pero el horizonte de dignidad que estableció y algunos de los instrumentos teóricos y organizativos que alumbró distan de haber sido superados. Por eso, mientras canta de nuevo el gallo rojo que da título a la biografía, no podemos por menos que brindar, como el personaje de Rafael Chirbes en *Los viejos amigos*, «por quienes creyeron que su reino era de este mundo, pero no de este tiempo».